

Kœsem, Siawusch fué á pedir á los genízaros el auxilio de sus armas en favor del jóven sultan. Begtasch-aga, el mas turbulento, el mas popular y el mas ambicioso de los tribunos de esta milicia, se lo concedió en términos altivos que ponian al gran visir á merced de este cuerpo.

« Yo obedeceré á mi padischah, y no á vosotros » respondió Siawusch con dignidad; « ni vuestras cabezas ni la mia no deben estar derechas ante él, sino dobladas y flexibles como el acero de nuestros sables. »

Los genízaros consintieron en reprimir los restos de la sedicion del pueblo que fermentaba aun á las puertas del serrallo.

## XXVI

Pero esta calma fué precaria: el fuego del ódio vivia oculto en el haren y no podia dejar de producir pronto sus efectos. La sultana Kœsem, á quien la validé Tarkhan arrancaba el imperio con la elevacion sucesiva al rango de gran visir del hermoso Malek-Ahmed y del intrépido Siawusch-bajá, queria con-

servarlo á toda costa; Begtasch-aga, griego como ella, adicto á su causa por la esperanza, la ambicion, el talento de su intriga, y la mancomunidad de patria, era su apoyo y su instrumento en el partido militar. Ella disponia con su popularidad de los genízaros, que agitaba ó apaciguaba al compás de su capricho.

La sultana Tarkhan propalaba en el haren, en el serrallo y en los cuarteles que la sultana Kœsem conspiraba con Begtasch-aga, por rivalidad y ambicion de poder contra el destino y aun contra la vida de su nieto Mahomet IV; queria ella, decian, sustituir á este niño, demasiado dócil á la influencia de su madre, la sultana Tarkhan, otro nieto suyo, al jóven Suleiman, hijo de una madre que le permitiria dominar absolutamente el serrallo con su experiencia y los fueros de su vejez.

Una esclava del haren, llamada Maleki, encargada de cuidar de las bebidas del sultan, reveló un proyecto de envenenamiento real ó imaginario en un sorbete preparado por el repostero del serrallo, Uweis-aga. Temblando ó fingiendo temblar por la vida de su hijo, la sultana Tarkhan difundió su terror por el palacio con las lágrimas en los ojos. No existen pruebas del proyecto criminal; pero estas acusaciones formuladas por una parte, rechazadas por la otra co-

mo calumniosas, eran la señal de la guerra civil que iba á estallar en la capital y en los cuarteles.

Los genízaros, prevenidos por la sultana Kœsem de los peligros que ella corria en un haren en que se pedia su muerte, y removidos por Begtasch-aga, se amotinaron en número de diez mil hombres á las puertas del serrallo, pidiendo imperiosamente las cabezas de los consejeros de la sultana Tarkhan, que perdian el imperio y que deshonoraban, por privarla de la tutela de su nieto, á la madre de los otomanos, á la protectora de las tropas, á la providencia del mundo, á la sultana Kœsem. Sus gritos no respetaban al mismo sultan, hijo de la enemiga de su patrona y de su aga; en sus vociferaciones contra la madre mezclaban el nombre del sultan Suleiman.

Aquella noche encerraba en su seno una revolucion tramada sin noticia de los dos niños entre las sombras de una noche y en el tumulto de un cuartel. La sultana Kœsem, encerrada en sus apartamentos, con sus eunucos y sus mujeres, aguardaba con ansiedad, pero con confianza, que los cómplices de Begtasch-aga, sus libertadores, viniesen á las puertas del haren, para presentarle la cabeza de su rival y pedirle á Suleiman por padischah.

## XXVII

Entretanto, la opinion que es el hado de los movimientos políticos, se pronunciaba dias hacia contra los genízaros y contra la sultana, que era su ídolo. La fidelidad reflexiva y religiosa de los otomanos á su príncipe, la edad tierna de Mahomet IV, el interés que inspira la inocencia y la debilidad, cuando les tienden lazos la ambición y la perfidia; el cansancio del yugo de una mujer, tanto tiempo hacia reina, pero cuya insaciable pasion de reinar no se extinguía con los años; el rumor verdadero ó falso de que esta viuda de Achmet I, envenenadora de su nieto, habia prometido su mano, sus tesoros y el sello del imperio á Begtasch-aga, en recompensa de la ruina de su nuera la sultana Tarkhan, de la deposicion de Mahomet IV y de la proclamacion de Suleiman; el horror en fin que causaba la supuesta trama de envenenamiento atribuido á esta madrastra, hábilmente sembrado en el serrallo y en la ciudad, todo conspiraba á excitar la opinion pública en favor de Mahomet y de su madre.

Una faccion armada y algunos ulemas , criaturas obstinadas de la abuela , favorecian su causa y se hallaban á las puertas del palacio ; el imperio entero estaba por su rival y por su hijo.

### XXVIII

El gran visir Siawusch, aunque sorprendido en su palacio por la hora, por la rapidéz del suceso, por la noche, no temia por la vida ni por la libertad del sultan. Guardado el serrallo para todo evento por tropas, por bostandjis, por pajes y eunucos fieles, respondia de la seguridad del jóven padischah contra toda sorpresa de su abuela. Su carácter marcial, su fama de soldado, sus servicios, su misma vejez le daban sobre la opinion y sobre los spahis, antiguos compañeros suyos de campamentos, una autoridad moral con la que se veian obligados á transigir los genizaros. Ninguna revolucion era posible sin el concurso, sin la neutralidad ó sin la muerte violenta del gran visir; y aun esta era el recurso desesperado de los facciosos, á quienes la sangre de este anciano íntegro hubiera acusado ante los soldados y el pueblo.

Begtasch-Aga se daba cuenta de este obstáculo con

que tropezaba su empresa, y habia resuelto procurar eludirlo ántes de intentar el vencerlo. Miétras que sus soldados cercaban todas las salidas de los jardines del palacio, para impedir que el gran visir entrara á defender á su señor, convocó en una mezquita próxima á la puerta principal del serrallo á los visires, los ulemas, los agas y los comandantes de las tropas del partido de la sultana Koesem. Seguro con la mayoría, la complicitad y el apoyo de todos estos conspiradores, envió quien intimara al gran visir la órden de presentarse inmediatamente en medio de aquella asamblea para conferenciar con él acerca de los movimientos nocturnos de la capital. El gran visir, desarmado y sorprendido en su palacio por una sedicion militar promovida por el aga de los genizaros, no podia pararse á deliberar. Su audacia y su sangre fria eran su único recurso para salvar el imperio y salvar á su señor. Admitió con aparente complacencia la invitacion de Begtasch.

Los genizaros y los ulemas lo recibieron en la mezquita con el respeto y la deferencia que afectan los revoltosos con aquellos á quienes quieren seducir ántes de intimidarlos. Begtasch-aga tomó la palabra en nombre de todos; deploró la degradacion de la gloria militar, la invasion de las fronteras, el incendio de las escuadras, la venta de los destinos, la al-

teracion de la moneda hecha por el gran visir Malek-Ahmed, él se quejó del gobierno de los eunucos, dueños del imperio á la sombra de una madre incapáz que hacia doblegarse á los sabios y á los virtuosos ante los pueriles caprichos de un niño á quien se le ponian las palabras en la boca, y los katti-scherifs en la mano. Declaró en nombre de los ulemas y de los agas presentes y unánimes, que la prolongacion de tal reinado seria la ruina de los otomanos; que el mismo gran visir no recogeria en pago de sus vanos esfuerzos mas que la responsabilidad de estos desastres, su descrédito ó la muerte; que la única persona que podia salvar al imperio, próximo á perderse, era aquella mujer eminente por su experiencia, por su valor y por su edad, que habia pasado por siete reinados, á quien la sultana Validé disputaba sin talento ninguno lo presente para entregarlo á esclavas y eunucos; que no habia mas que un camino abierto á los verdaderos defensores de la fé y de la patria, el de hacer bajar del trono á esta sultana con su hijo, y restablecer el reinado de la sultana Kæsem con su nieto Suleiman.

« Jurad, » añadió dirigiéndose al gran visir, « jurad con nosotros, sobre la cabeza de vuestros antepasados, que nos secundareis para llevar á cabo « este designio generoso. »

Siawusch que no se creia obligado á ser sincero con asesinos, fingió aceptar esta conspiracion, y juró por el Coran que prestaria su apoyo á los rebeldes para salvar la patria. Los conjurados, contentos con no tener que combatir ni sacrificar á un hombre, tan popular por sus virtudes, lo dejaron salir honrosamente de la mezquita.

## XXIX

Los facciosos, creyéndose seguros de su apoyo, le permitieron traslimitar el bloqueo del serrallo y volver al palacio por la puerta de hierro de los jardines. Los partidarios de la sultana Kæsem tenian esta puerta abierta para introducir á la hora convenida á los genízaros de Begtasch-aga en el haren, en donde debia presentarles por padischah al jóven Suleiman. Esta circunstancia le dió á conocer la connivencia de la sultana en el asesinato premeditado de Mahomet IV. Mandó cerrar las puertas despues de entrar; apostó bostandjis en todas las avenidas y corrió al serrallo, resuelto á morir ó á salvar al niño, confiado á su tutela.

Entretanto, el jefe de los eunucos negros del sultan, llamado Suleiman-Aga, uno de esos hombres que mueren, como el leon domesticado, á los piés del trono á que tiene sujeta su cadena, habia presentado la trama urdida, y se habia anticipado á tomar sus medidas ántes que se presentara el gran visir. Los pajes, despertados con sobresalto á su voz, y sabedores del peligro en que estaba el sultan, habian sacrificado á su gobernador, á quien erradamente habian creido complicado en la conjuracion, derribado las puertas de sus cuadras, corrido á las armas y amotinado á los bostandjis, á los baltadjis, á los eunucos y los agas en las escaleras de la puerta de la *Felicidad*.

Siawusch-bajá, apeándose del caballo ante esta puerta, arengó enérgicamente á los defensores del palacio, y penetrando con Suleiman-Aga en lo interior, llamó á las puertas cerradas del apartamento retirado en que la sultana Tarkhan, ignorando el tumulto de aquella noche, descansaba al lado de su hijo. El kishlar-aga del sultan quiso defender la entrada, pero Suleiman-aga lo mató de una puñalada, y llamando á los ciento veinte eunucos que componian la guardia del niño y de su madre: — « ¿ Qué haceis « vosotros? » les gritó á través de la puerta; « dor- « mis miéntras que los genizaros invaden el serrallo « para pasaros á cuchillo; esos traidores, cómplices

« de la sultana Koesem, quieren extrangular al pa- « dischah y elevar hasta el trono á su jefe Begtasch- « Aga, haciéndole casarse con la *vieja*, que defrau- « dada por el veneno dirije ahora el hierro contra su « nieto. »

## XXX

Al oír estas palabras, las puertas se abren, los ciento veinte eunucos se arman con sus puñales, el gran visir y Suleiman-aga se precipitan en el cuarto de la sultana Tarkhan, la despiertan y le revelan precipitadamente la extremidad del peligro. A las primeras palabras del gran visir, la jóven Validé salta de su lecho y se acerca al de su hijo, que dormia sin sospechar que tenia la muerte suspendida sobre su cabeza: « ¡ Hijo mio! » exclama, inclinándose hácia él y estrechándole convulsivamente en sus brazos, « ¡ estamos perdidos! » El niño aterrado se incorpora y tendiendo los brazos á Suleiman-Aga: « ¡ Padre « mio! » le dijo, « ¡ sálvame! »

El visir y el eunuco, enternecidos de ver al soberano rogando á sus esclavos, se arrojan á los piés de

la madre y del hijo, y juran morir por él. Suleiman-Aga, cogiéndolo en brazos, lo lleva en camisa, á la luz de las antorchas, al salon del trono, en donde se habian reunido todos los defensores del serrallo, y presentándolo á los pajes y á los bostandjis dijo :  
« ¡ Que los que comen el pan y la sal del padischah  
« lo socorran ! »

Ante aquellas luces, aquel aspecto, aquella voz, visires, pajes, servidumbre, bostandjis, baltadjis caen con un movimiento unánime de rodillas ante este símbolo del derecho, de la inocencia, del trono, y prometen solemnemente derramar por él su sangre.  
« Tranquilizaos, mi padischah, » dijo Suleiman-Aga,  
« Si Dios quiere, todas las cabezas de vuestros enemigos estarán mañana á vuestros piés. »

## XXXI

Miéntas ocurrían en el haren estas escenas de terror y ternura, el gran visir convocaba en el palacio bajo pena de la vida contra los que perdieran un momento, á todos los bajás, beglerbegs, jefes de corporaciones, agas, lewends y magnates del imperio, con

todos los servidores armados de que pudiesen disponer, y víveres para tres dias. El sordo aborrecimiento contra los genizaros, opresores comunes, la fidelidad al soberano, la compasion por el niño, la confianza en Siawusch-Bajá, llenaron ántes de la aurora los muelles, los jardines, los patios y apartamentos del serrallo con un ejército de todas armas, cuyo número doblaba el entusiasmo y la adhesion. Todas las chalupas de la escuadra y los caiques del puerto desembarcaron en silencio los cañones, las armas, las municiones del arsenal, suficientes para un sitio largo.

El asombro de la noche se cambiaba en furor contra los autores de tan culpable proyecto. El nombre de la sultana Kœsem circulaba de boca en boca. Trescientos pajes y bostandjis, mandados por Suleiman-Aga, jefe de los eunucos negros, se destacaron y fueron dirigidos en silencio hácia el kiosko de la abuela para arrebatarle el príncipe Suleiman, en cuyo nombre se proponía ella reinar otra vez mas.

El eunuco que estaba de guardia en su puerta se niega á abrirla; los pajes levantan los puñales sobre su cabeza; él se arrodilla y pide la vida en cambio de las revelaciones que ofrece hacer al sultan. Conducenlo á la presencia de Mahomet IV; arrójase á sus plantas, y le entrega la llave del tesoro secreto de su

abuela; pero en el momento en que profiere con voz balbuciente una excusa y una súplica, un bostandji le hiende la cabeza con una hacha. El niño horrorizado lanza un grito de terror, y oculta su rostro en el pecho del jefe de los eunucos, que aun lo tenia en sus brazos.

### XXXII

En este intervâlo, los pajes y los trescientos eunucos blancos y negros que componian la guardia personal de la sultana Kœsem, defendian heróicamente las puertas exteriores de su kiosko, y obstruian la entrada con sus cadáveres. Suleiman-Aga pone al sultan en manos del gran visir y corre con un puñado de pajes y bostandjis á reforzar á los asaltadores. Penetra el primero con el sable destilando sangre, en el dédalo, familiar á los eunucos, de las piezas que componen el haren.

Al rumor de sus pasos en los corredores, la sultana Kœsem cree que son los genizaros de Begtasch-Aga, que vienen á salvarla y conducirla al trono.

« ¿Estais ahí? » dice en voz baja entreabriendo un postigo de la puerta.

« Sí, son los genizaros, » le responde Suleiman-Aga, « salid. »

Pero la sultana, reconociendo su error, y presintiendo su pérdida al oir la voz del jefe de los eunucos negros, adicto á su rival, se refugia en la oscuridad de sus mas apartadas habitaciones, y se oculta en uno de los armarios profundos en que los esclavos meten de dia los colchones y las alfombras que sirven por la noche. Allí, envuelta en un rollo de esteras por una de sus mujeres, espera librarse del primer ímpetu de sus enemigos, dando tiempo á Bagtasch-aga, para que acuda y cambie su fortuna; pero el furor de los icoglans y de los baltadjis no se contiene ni ante la inviolabilidad del haren, ni ante la majestad de la madre y la abuela de tantos padischahs; se precipitan en pos de Suleiman-aga en el recinto sagrado y buscan vanamente en él su presa.

Una esclava fiel, sacrificando su vida por salvar la de su señora, se les presenta con un traje riquísimo y les dice: « Herid. yo soy la sultana Kœsem. »

Ya iban á clavar sus aceros en su pecho, cuando Suleiman-aga les hizo reconocer su yerro. Vuelven entónces por un momento sus puñales contra el mismo eunuco, acusándolo de estar en connivencia con

la sultana Kœsem, y de querer ocultarles su víctima. Pero en el momento en que Suleiman-Aga iba á caer bajo los golpes de sus amigos, un baltadji, rompiendo los muebles y los armarios, tocó los piés de la sultana en la esterilla en que estaba enrollada.

« Cállate, le dijo ella en voz baja, y aseguras para siempre tu fortuna. »

Pero triunfando en su alma el ódio contra la avaricia, saca á la sultana, y llama á sus compañeros para que la vean. Aun conservaba en la mano un pañuelo lleno de zequíes de oro que habia tenido la precaucion de coger para repartirlos entre los genízaros que ella aguardaba; previendo los sucesos de aquella noche, se habia vestido con el mas rico traje que tenia en su guarda-ropa imperial; sus piernas y sus brazos estaban cuajados de ajorcas y brazaletes de pedrería; sus dedos brillaban á la luz de las antorchas con anillos resplandecientes; los pendientes de las orejas eran dos diamantes de la forma y el tamaño de una nuez de Caramania, presente que le habia hecho su esposo Amurat I en los tiempos de su juventud, de su belleza y de sus amores.

El peloton de baltadjis y de icoglans, heridos de un resto de respeto á la vista de esta madre del imperio, tendida con estos atavios imperiales sobre la alfombra, parecia que vacilaban entre la veneracion

y la cólera. La sultana, leyendo su indecision en sus miradas, se levanta de un salto con una fuerza extraña en sus años, despliega el pañuelo y derrama los zequíes y alhajas en el pavimento, para contener la persecucion. Mientras sus asesinos se bajan á recogerlos, huye de cuarto en cuarto á través del haren, y llega á una puerta de los jardines que va á favorecer su fuga entre las sombras de la noche; pero un paje mas encarnizado que los baltadjis, la alcanza, la derriba en tierra, lucha con dificultad contra la resistencia desesperada de esta mujer intrépida, y con las dos rodillas sobre su pecho la sujeta llamando en su socorro á los baltadjis. Acuden estos; uno de ellos, llamado Mohammed-Baltadji, arranca á falta de cuerda uno de los cordones de seda de las cortinas de la puerta, y lo anuda al rededor de su cuello hasta que la sultana desvanecida parece muerta á manos de los verdugos. Sus pieles de marta, los pendientes, los brazaletes, las sortijas, las ajorcas arrancadas de los brazos, los piés, las orejas y el pecho, son presa de sus asesinos.

Arrojaron su cadáver desnudo, con arreglo á la orden del fetwa dado por el muftí, en el sitio en donde se exponian los cuerpos de los criminales, ante la puerta del kiosko de *las Aves*. El que llevaba la cabeza fué mordido en el pulgar por aquella boca



casi inanimada con tanta fuerza, que no pudo hacerle soltar la presa hasta que le dió una puñalada en la garganta. Creyéndola muerta los asesinos, se alejaban para ir á llevar la noticia á la puerta de *la Felicidad*, cuando volviendo la cabeza vieron al fantasma desnudo y sangriento de la sultana que se levantaba y huía lanzándoles una mirada vengativa. Volvieron para concluir con su víctima, que se habia hecho la muerta con un sentimiento instintivo de la vida. Ella combatió, aunque desarmada, contra ellos, con la fuerza de un atleta, y solo sucumbió ante el número. El cordon, apretado á su garganta con el mango del hacha de un baltadji, le arrancó por fin del pecho el último suspiro. La sangre que brotó por las heridas, los ojos y por los oidos de esta mujer colossal, aunque pasaba ya de los setenta años, atestiguan el verdor de su vejez y la viril energía de esta albanesa, á quien fué menester matar dos veces para arrancarle el imperio.

El crimen que le imputaba la ira pública de haber querido deponer, envenenar y matar á su nieto, era incierto. Su talento, sus servicios al imperio, su larga y gloriosa dominacion durante tres reinados, su regencia firme, pacífica y fuerte, miéntras no tué minada en el serrallo por el haren, fueron positivos. Si estos tres reinados en que la Turquía fué realizada

ó sostenida por su mano, no llevan su nombre en la historia, á lo ménos ha dejado impreso en ellos su sello.

Adorada en su juventud, querida en su maternidad, venerada en su vejez, privada del gobierno y de la existencia cuando conservaba el vigor de la inteligencia por uno de esos dramas misteriosos de palacio, su vida es monumento del genio maternal de las mujeres, aplicado al gobierno de las naciones orientales. Roxelana fué mas seductora y mas esposa, Koesem mas varonil y mas madre. La una gobernó por sus atractivos, la otra por su talento. El reinado de la primera murió con su belleza, el de la otra no pereció sino con su vida. Roxelana lo debió todo á la naturaleza, la sultana Koesem á la política.

Una y otra atestiguan que las instituciones que privan á las mujeres de la vida pública y de la libertad son impotentes, aun entre los musulmanes, contra la naturaleza que les da otros derechos, y tantos derechos como al hombre, y que el amor conyugal ó filial restituye á menudo á la mujer superior, aun en el gobierno de los imperios, lo que los celos y la ingratitude de las leyes se esfuerzan en vano por arrebatárselas. Reinan por el amor de un esposo ó por la deferencia de un hijo, no es ser una mujer excluida del trono, es reinan dos veces.

## XXXIII

El asesinato de la sultana Koesem y la afluencia del pueblo alrededor del estandarte del Profeta, oriflama de los otomanos, desplegado por Siawusch-bajá en el serrallo, consternó á los genizaros, quitándoles todo motivo de sedicion, y difundió el terror en el conciliábulo de los agas y de los ulemas rebeldes de la mezquita.

Solo Begtasch-Aga, mas interesado y mas culpable, persistió en la rebelion y habló de incendiar la capital para forzar á los ciudadanos reunidos en el serrallo á volar al socorro de sus familias y de sus hogares amenazados. Montó á caballo y se presentó ante los genizaros que volvian desalentados á sus cuarteles. Exhortólos á que retrocedieran y sacudiesen el yugo de los eunucos que acababan de sacrificar á la madre de los soldados : « Nosotros no queremos destronar al padischah, » dijo él retractándose de sus proyectos del dia anterior, « nosotros no queremos mas que vengar la muerte de nuestra Validé. »

Los genizaros indecisos lo escuchan con frialdad.

Uno de ellos, rompiendo el silencio con uno de esos apóstrofes populares, que desconciertan á los tribunos, le gritó : « ¿ Por ventura eres tú el heredero, el « hijo ó el marido de la Validé para defender su « causa contra el padischah ? »

Una carcajada burlesca estalló á estas palabras que aludian al título de esposo de la vieja que se atribuía á Begtasch-Aga. Los genizaros lo abandonaron y volvieron á la obediencia. Los spahis y todos aquellos genizaros que no habian tomado parte en los movimientos de la noche, se presentaron en las puertas del serrallo para aumentar el número de los defensores del trono. Siguiendo los consejos de Siawusch-Bajá, el sultan envió á la mezquita del centro, sitio desierto ya por la rebelion, un katti-scherif imperioso : « ¡ Vosotros, agas de mis genizaros, » decia él, « tú, su general en jefe, tú, su segundo general, « Kulkiaya, tú, Begtasch-Aga, presentaos al punto « ante mí en el divan, y sino, desgraciados de vosotros ! »

Begtasch-aga, al recibir este katti-scherif que acababa de trastornar á los conjurados, hizo llevar en vano á los cuarteles los sacos de oro y de plata destinados á corromperlos ó detenerlos; los genizaros se negaron á abrir los sacos temiendo manchar sus manos con la paga de un faccioso. El kulkiaya se

apresuró á congraciarse con el partido vencedor prorrumpiendo en invectivas contra el jefe de la revuelta. Echó en cara á Begtasch-Aga el no haber abierto la mano hasta que fué preciso rescatar la vida á costa de su tesoro. Los agas, los ulemas y los jefes secundarios escribieron cartas excusando su conducta y se dirigieron al serrallo como hombres engañados por un ambicioso. Habian creído, decian ellos, que ejecutaban la voluntad del padischah. El mismo Begtasch-aga se vió obligado á seguirlos. Su popularidad en los cuarteles le pareció una salvaguardia contra la venganza del serrallo.

Siawusch-bajá en efecto, recibió con una indulgencia aparente á los arrepentidos conjurados. Nombró á Begtasch-Aga gobernador de Brusa y le ordenó partir sin dilacion para su gobierno. Fuese audacia, fuese terror, en vez de partir, Begtasch-Aga se escondió en la ciudad. Descubierta al día siguiente por el nuevo aga de los genizaros Hassan, fué montado y atado en un asno y conducido al serrallo entre las maldiciones y los insultos de la misma soldadesca que lo aplaudia la víspera. Las popularidades culpables no sobreviven á la caída de los ídolos; el pueblo se complace siempre en hacer expiar á uno solo la falta de todos los facciosos.

El baltadji Mohammed, que habia sacado por los

piés á la sultana Koesem del armario y prestado el mango de su hacha para apretar el cordon al rededor de su cuello, se encontró con el cortejo injurioso de Begtasch-aga. « ¡Traidor! » gritó al aga vencido, « ¿que te habia hecho yo para que pidieras ayer mi cabeza en la mezquita? »

« Miserable asesino, » le contestó Begtasch-Aga, « no me condenes á ver tu cara, » Los mudos lo extrangularon en el primer patio del serrallo y su cadáver fué arrojado al mar. Su avaricia habia en efecto amortiguado su ambicion. Bajo una caldera de sus baños se encontraron dos vasijas inmensas llenas de ducados de oro, de zequíes y pedrería, donativos de la sultana Validé ó frutos de sus rapiñas.

Kara-Tschausch, su cólega y su cómplice, llevado ante el sultan, lloró como una mujer. « Antes era menester haber llorado, cobarde, » le dijo el bostandji Barchi; é hizo un signo al mudo para que abreviara sus lágrimas con la muerte. La cabeza del kulkiaya de los genizaros, tercer jefe de la rebelion, fué traída pocos dias despues pendiente en el arzon de la silla por un paisano de Feredjik, en donde se habia defendido hasta el último momento de su vida. Esta cabeza fué arrojada á la puerta del serrallo.

Sarikatib, el astrónomo, secretario del divan, aunque ageno á la conspiracion, expió la amistad que le

profesaba la sultana Validé. Una burla de este Juvenal otomano le costó la vida, cuando se vendian escandalosamente los empleos, en tiempo del penúltimo gran visir, Sarikatib se encontró al salir del serallo con uno de sus amigos que le preguntó de donde venia. « Vengo, le dijo con amarga indignacion en el acento, del mercado de los esclavos. »

Como Caton, se anticipó al verdugo con el puñal, y murió deplorando la decadencia de su patria.

El eunuco negro Suleiman-aga, cuya sangre fria é intrepidez habian suplido por la noche la ausencia del gran visir y salvado á su señor, fué elevado al primer empleo doméstico del palacio, al de kislár-aga. Él habia sido el verdadero gran visir en aquel trance. La sultana Tarkhan, ahora Validé y dueña del gobierno, le entregó con el título de kislár-aga la tutela del niño que habia salvado y la direccion absoluta del divan. Se sirvió de su crédito con la insolencia de un etiope, que llega al penúltimo escalon del imperio.

#### XXXIV

Siawusch-Bajá no tardó mucho en cansarse del título de visir puramente honorífico bajo un favorito

que le dictaba sus órdenes por medio de un niño y de una mujer. — « No es el poder de un gran visir, » decia á menudo, « la vergonzosa esclavitud de los eunucos negros es lo que se me quiere imponer. »

Sus murmuraciones fueron calificadas de criminales. La sultana, sujeta por gratitud al eunuco, buscaba á su vez un gran visir fuerte para sostener el imperio, bastante resignado para sufrir un protector en Suleiman-Aga. No habia mas que uno solo, Kœprilu, bajá envejecido en las guerras y los consejos, extraños á las facciones, uno de esos hombres que descuida el favor porque ellos se desdeñan de buscarlo, y que llegan al último período de su vida antes de reconocer en ellos la capacidad suficiente para salvar los imperios. Ya comenzaba á pronunciarse su nombre; pero el temor de su superioridad lo alejó otra vez mas de los oidos de la Validé.

El eunuco pidió á la sultana madre la destitucion y la muerte de Siawusch-Bajá; pero esta solo le concedió lo primero y un honroso destierro á Malghara. Suleiman-Aga nombró en su lugar á un anciano de noventa y dos años, llamado Gurdji-Mohammed. Su caducidad era su título. Suleiman-Aga queria reinar á su sombra. Hizo desterrar aquellos consejeros de la sultana que habian pronunciado el nombre de Kœprilu, y desterró á este á Gustendjil para que la distan-